

La realidad de un mito: la aspiración de ascenso social de las *modistillas*, en el Bilbao de los años veinte y treinta

Durante los años veinte y treinta en Bilbao, las convenciones sociales impusieron una absoluta distinción de las jóvenes casaderas según su origen social. Las *señoritas* de clase media, no sólo paseaban por lugares distintos y considerados más distinguidos que por los que transitaban las *modistillas*, sino que practicaban una sociabilidad con los jóvenes de la villa en círculos selectos, particulares y elitistas. A pesar de ello, las señoritas consideraban a las *modistillas* unas de sus más directas rivales a la hora de conseguir la atención de los *señoritos*, de cara a un posible enlace matrimonial. En una tertulia que mantuvimos en 1998 con cuatro mujeres bilbaínas de clase media, planteamos abiertamente la cuestión. La polémica estaba servida:

Pregunta: ¿Había alguna posibilidad de ascenso social para las *modistillas*...?

Carmen Huerta: ...Casándose,... casándose...

Tere Beitia: Pero los nuevos ricos..., las dejaban al casarse... Se casaban con las de alto copete...

Pregunta: ¿... Una *modistilla* de la calle Correo¹ tenía alguna posibilidad de prosperar...?

Carmen Huerta: ... Sí.... sí, sí, sí. ¿Sabes por qué?

Rosa Escobedo: ... Pero no era normal...

Carmen Huerta: ... Los hombres jóvenes, como las mujeres de su propia clase apenas salían de casa o iban siempre acompañadas, no tenían forma de tratarlas. Entonces las *modistillas* son las que salían de paseo y las que se acercaban... y por eso, quedaron muchas solteras de la otra clase, porque no encontraban novio, porque (se ríe) no se trataban... que había solteras viejas que eran señoritas de esas así... [gesto con la mano].

Rosa Escobedo: ... Sí, pero conocidos, Carmen... No seas ingenua. No me digas que los ricos se casaban... No digas que los señores de Bilbao se han casado con *modistillas*... porque no es verdad.

Carmen Huerta: ... Las *modistillas* se casaban con los chicos ricos... que llamaban ellas señoritos...

Rosa Escobedo: ... No digas cosas que no son. Las *modistillas* no se casaban con los chicos ricos. Y si no, cuéntame una *modistilla* que se ha casado con

* Universidad del País Vasco/Eukal Erico Unibertsitatea.

¹ Calle céntrica del Casco Viejo bilbaíno por la que discurría el paseo tradicional de las *modistillas*, dependientas y oficinistas cada atardecer.

un chico rico... No hubo casi ninguno... No hubo más que uno o dos señores que se han casado con las modistillas. No se casaban los señoritos con las modistillas.²

Esta polémica representa algo más que la manifestación de opiniones diversas sobre la promoción social de las modistillas. En efecto, las modistillas representaron en Bilbao el mito de la posibilidad de ascenso femenino basada en la belleza, la gracia y el amor. Las modistillas, situadas en la frontera entre las clases trabajadoras y las clases medias, y en ausencia de capital cultural y económico, trataron de maximizar los elementos de distinción que poseían: la elegancia, la belleza y el cuidado de su apariencia personal. En su caso, la posibilidad de promoción social se realizaba dentro del mercado matrimonial y, en realidad, se reducía a tener la oportunidad de casarse con un chico rico. En los diferentes comentarios de nuestras entrevistadas encontramos, en un lado, los argumentos tradicionales de las señoritas, que afirmaban rotundamente que los chicos ricos bilbaínos se casaban con modistillas guapas; en el otro lado, tenemos el áspero reconocimiento de la falsedad de tales afirmaciones, representativo de las mujeres cuya experiencia les negó el refugio de tal optimismo. En este artículo indagaremos sobre la realidad de esta polémica.

La proliferación de cambios, que afectaron a la consideración general sobre las mujeres y el trabajo asalariado durante los años veinte y treinta, apenas afectó a las modistillas. La permisividad al tránsito de las mujeres por el espacio público, junto a la transformación de algunos trabajos hasta hacerlos compatibles con la feminidad de clase media, como fue el caso de magisterio, la enfermería y la mecanografía, no afectaron a la costura. Las modistillas, a pesar de realizar un trabajo feminizado y de sus esfuerzos por elevarse socialmente, continuaron estigmatizadas como trabajadoras. En este sentido, la posibilidad de movilidad social ascendente para ellas continuó centrándose exclusivamente en la realización de un matrimonio ventajoso desde el punto de vista económico y social.

Las modistillas fueron protagonistas de complejos episodios en los que el poder de una leyenda, que sólo excepcionalmente lograba hacerse realidad, sirvió tanto para renovar sus aspiraciones de ascenso, como para fomentar los temores de las señoritas. Ambos sectores de mujeres alimentaron el mito de distinta manera. Para las modistillas, en su afán de promoción social, solo era necesario que una sola vez se hubiera hecho realidad el sueño de ver una modistilla, dependiente o recadista de la villa casarse con un *señorito*. Por ejemplo, una de las mujeres de más renombre en Bilbao, Doña Casilda Iturrizar, había sido costurera en su juventud y se había casado con uno de los hombres que ostentaba una de las fortunas más prósperas de Bilbao, el señor Epalza. También

2 Carmen Huerta, Tere Beitia, Rosa Escobedo, tertulia, 30-3-1998.

en la memoria de una de las mujeres que hemos entrevistado, Remedios Espinosa, ha quedado registrado el caso de un matrimonio en el que la esposa no pertenecía a la clase media: «Hubo una que se casó con uno de los principales de Bilbao –recuerda Remedios– en todos los sentidos, en familia, en posición en todo y era la recadista de la sombrerera. Nosotros teníamos palco al lado de ellos y él se había casado con la recadista de la sombrerera».³ Para las señoritas, por su parte, la pervivencia del mito y la ansiedad provocada por él, eran el síntoma de un malestar que provenía directamente de su confinamiento en los estrechos dominios de lo doméstico. En la medida en que el matrimonio fue considerado la única forma de supervivencia digna para una señorita de clase media, éstas recelaron de las modistillas y las consideraron una competencia desleal y un peligro. La que durante los años veinte se denominó «crisis del matrimonio»,⁴ vino sólo a agudizar esas contradicciones. Las infundadas ilusiones de unas y los exagerados temores de las otras, sin embargo, tenían un origen común: ambos eran reflejo de una sociedad profundamente desigual, desde el punto de vista de las relaciones de género, que dejaba a las mujeres estrechos márgenes para la supervivencia y la movilidad social fuera del matrimonio.

En este artículo evaluaremos el peso de los elementos estéticos, de la apariencia y el gusto en la definición de una identidad individual desde un punto de vista de clase. Plantearemos que las modistillas, se situaban, de acuerdo a esta definición, en la frontera entre las clases trabajadoras y las clases medias, de modo que ellas desarrollaron elementos de identificación con ambos sectores sociales. Por un lado, las modistillas, a pesar de su condición trabajadora, se vivieron a sí mismas como diferentes a las otras mujeres de posición humilde, es decir, en una posición más elevada que el resto de las trabajadoras, sobre

3 Remedios Espinosa, entrevista I, 27-5-1998.

4 El doctor Jiménez de Asúa argumentaba «En 1900, 8,68 casamientos por 1000 españoles, y la baja que se hace constante desde 1913, llega, en 1925, a dar proporción de sólo 6,08 matrimonios por cada 1000 habitantes, y es probable que este tanto por mil se haya mermado todavía en estos últimos años», en Jiménez de Asúa, Luis, *Libertad de amar y derecho a morir. Ensayos de un criminalista sobre eugenesia, eutanasia, endocrinología*. Santander, 1929, Pág. 106. La historiografía actual también ha enfatizado esta -crisis del matrimonio- sobre todo tras la Primera Guerra Mundial. Rosa María Capel afirma que «Las modificaciones que experimenta el estado civil de los españoles de 1900 a 1930 están determinadas por dos hechos: descenso de la tasa de nupcialidad y aumento de la edad media del matrimonio». Y ofrece los siguientes datos: 62,81% de población casada en 1900 frente a 59,81% en 1930. Incremento de la población soltera de 26,21% en 1900 a 29,57% en 1930, en Capel, Rosa María, *El trabajo y la educación de la mujer en España (1900-1930)*, Madrid, Ministerio de Cultura, Instituto de la Mujer, 1986, Págs. 29 y 30. Para el caso de Vizcaya, Mercedes Arbaiza ha detectado un descenso de la nupcialidad «en absoluta correlación con los niveles alcanzados por las tasas de reproducción general. Los problemas derivados de restricciones en el mercado de trabajo (consecuencia de la crisis económica de los años veinte) también afectaron al mundo urbano industrial produciendo una reacción demográfica inmediata de retraso al matrimonio y disminución del número de matrimonios entre 1920 y 1930». Arbaiza, Mercedes, *Estrategias familiares y transición demográfica en Vizcaya, (1825-1930)*, Tesis doctoral inédita presentada en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad del País Vasco, 1994, Pág. 267.

todo que las de fábrica y que las del servicio doméstico. Por otro lado, las modistillas transitaban por los límites de las posiciones intermedias sin lograr pertenecer a las mismas, a pesar de la perseverancia en sus aspiraciones de ascenso y de la imitación de los atributos externos propios de la condición de clase media. A lo largo de este artículo mostraremos que la vivencia de esta posición límite contribuyó a configurar en las modistillas una identidad particularmente frágil y contradictoria.

El análisis de los intentos de ascenso social de las modistillas, nos acerca de inmediato a la cuestión de la movilidad social en el seno de las clases medias. Muchos de los planteamientos más sugerentes sobre este tema comparten la idea de que la clase media posee un límite superior y otro inferior, y que existe un fluir constante entre las dos capas, gracias a cuya fluctuación ininterrumpida surge una confusión de fronteras y una serie de transiciones constantes.⁵ Este planteamiento, que suscribe como inherente a la identidad de clase media, la posición entre dos límites, uno representativo de la meta a la que asimilarse y otro que representa el referente del que diferenciarse, obliga a iniciar la búsqueda de las expresiones más características de tales movimientos. Para profundizar en esta tarea, el concepto de *pretensión*⁶ ha sido fundamental. A partir de él, los elementos externos de definición de clase han cobrado especial relevancia en la comprensión de la dinámica de las clases medias: la apariencia, el vestido, la educación, la vivienda y la ocupación son signos de un lenguaje que da cuenta de la batalla constante que los individuos de los distintos sectores sociales libran en su intención de distinguirse socialmente. La *pretensión* sería, pues, la fuerza psicológica que alimenta la ambición y que daría a una persona la capacidad de manipular todos esos elementos externos en un sentido que pudiera favorecer su ascensión en la escala social.

Sin embargo, aun cuando las personas fueran dueñas de esta vocación de ascenso social, su localización dentro de un contexto familiar determinaría, a menudo, el alcance de los logros individuales. Para algunos investigadores,⁷ el estudio de la familia y de la planificación dentro de ella de estrategias de ascenso o de conservación del status social se ha revelado clave para la comprensión del fenómeno de la movilidad social. La familia concede a cada componente de la misma un papel y una responsabilidad en el mantenimiento de ese status.

5 Simmel, George, *Revista de Occidente*, tomo VI, 1927, pág. 140. Haupt, además, concibe la pequeña burguesía (término intercambiable al utilizado por nosotros de clase media), como una clase en tránsito. La ambición, el deseo de mejorar de posición formaría parte de su bagaje. Haupt, Heinz-Gerhard, «The Petite Bourgeoisie in Germany and France in the late XIXth Century» en *Bourgeois Society in XIXth Century Europe*, editado por J. Kocka y A. Mitchell, Oxford-Providence, Berg, 1993.

6 Término acuñado por Bourdieu y que se asimila a una fuerza que al asociarse al capital económico o cultural fomenta las posibilidades de ascenso social; Bordieu, Pierre, *La distinción. Criterio y bases del gusto*, Madrid, Taurus, 1988.

7 Bertaux ha insistido, especialmente, en que la movilidad social es más una cuestión familiar que individual; Bertaux, D. y Thompson, P., «Introduction» en *Pathways to Social Classes*, editado por D. Bertaux y P. Thompson, Oxford, Clarendon, Press, 1997.

Por eso, es en ella donde podemos observar, de manera privilegiada, la forma en que los deseos individuales se articulan con los mecanismos de supervivencia del grupo. La familia constituiría, en este sentido, el marco en el que algunas pretensiones individuales se potenciarían y otras se verían frustradas. Aunque a simple vista pudiera parecer que la familia juega de modo imparcial en uno u otro sentido, algunos investigadores han enfatizado, como un rasgo sobresaliente de su comportamiento, la marcada inclinación de la unidad familiar hacia la conservación y, por lo tanto, a la prudencia en la valoración de los riesgos.⁸ Para analizar las historias de vida de las dos mujeres que dan cuerpo a este artículo, el concepto de *pretensión* nos permitirá comprender la importancia que la apariencia y los elementos externos de distinción social jugaron en su autodefinición como mujeres pobres pero con aspiraciones de ascenso social. Además, observaremos el papel desempeñado por la familia en el desarrollo o el debilitamiento de sus pretensiones.

La consideración de estos elementos nos lleva a situar a las modistillas, como ya hemos explicado, en la frontera que separaba la clase obrera de la clase media.⁹ Sus vivencias estuvieron marcadas por la contradicción entre su situación objetiva como obreras de la aguja y su aspiración a parecer señoritas. Durante el primer tercio de siglo, la denuncia de la situación de las costureras y las modistas, que eran víctimas, en especial, del trabajo a domicilio fue bastante habitual. Se denunciaban los bajos salarios y también las condiciones de los talleres, generalmente situados en habitaciones bajas, húmedas y reducidas.¹⁰ Estas condiciones de trabajo insalubres, así como los míseros salarios fueron motivo de protestas y de intentos de asociacionismo en el gremio también en Bilbao. Pero en la experiencia de las modistillas, además de esta situación objetiva de explotación, durante diez, doce, quince horas diarias, por parte de los patronos, y de toma de conciencia de la necesidad de asociarse, existía otra faceta complementaria: la elegancia en el vestir y la ostentación de algún elemento externo de distinción social, como los zapatos, las diferenciaban de la clase trabajadora¹¹ y fomentaban su *pretensión* de incorporarse a las clases medias,

8 Algunos autores destacan el papel conservador de la familia y la forma en que ésta tiende más a proteger que a aventurar; Thompson, Paul, «Women, men and transgenerational family influences on social mobility» en *Pathways to Social Class*. Vincent, David, «Mobility, Bureaucracy and Careers in Early-Twentieth-century Britain» en *Building European Society. Occupational Change and Social Mobility in Europe 1840-1940*, editado por Miles, A. y Vincent D., Manchester, Manchester University Press, 1993.

9 Pilbeam también observa entre los artesanos y los tenderos una posición fluida: «Sus actitudes eran parte de la clase trabajadora parte de la clase media», Pilbeam, Pamela M., *The Middle Classes in Europe 1789-1914. France, Germany, Italy and Russia*, London, MacMillan Education Ltd., 1990, pág. 117.

10 Castroviejo, Amando y Sangro y Ros de Olano, Pedro, *El trabajo a domicilio en España*, Madrid, 1908, págs. 11 y 14. También se describe en detalle la situación de las obreras de la aguja en González Castro, José, *La obrera de la aguja*, Madrid, 1921.

11 Hobsbawn afirma para el caso de Inglaterra que las clases trabajadoras y las clases medias tienden a definirse a sí mismas la una contra la otra; Hobsbawn, Eric, «The Example of the Middle Class» en *Bourgeois Society*, pág. 141.

sobre todo, a partir de un enlace matrimonial ventajoso. Eran las modistillas, quienes, como describía un famoso cronista bilbaíno, «han trabajado todo el día en el taller... han hablado después con algún señorito de los de en activo..., entonces sueñan bonito, creen que ya pueden aspirar...».¹²

Con el tiempo, se fue escribiendo a propósito de las modistillas una literatura que provocó el surgimiento de una aureola romántica en torno a ellas. El prototipo de modistilla atendería a una serie de parámetros entre los que la belleza sería una condición *sine qua non*; el desvelo, ir bien vestida y calzada con esmero; lo distinguido, ser aficionada a la lectura y tener buena conversación.¹³ Además, la modistilla se destacó, y ello fue a menudo motivo de envidia o de maledicencia, por la libertad con que el domingo por la tarde, o a la salida del taller iba por la calle sola con su novio. Lo cierto fue que las modistillas compartieron la gloria de romper corazones con la humillación de ser –según afirmaba un cualificado observador de la sociedad– «víctimas de la persecución constante del señorito».¹⁴

Las dos historias de vida de las que hemos partido en la elaboración de este artículo, la de Eulalia Echebarria y la de Luisa Atucha, representaron dos formas diferentes de afrontar la pretensión de ascenso social por medio de un matrimonio ventajoso. Eulalia Echebarria practicó una sociabilidad abierta y directa con los *señoritos*. Los paseos y los bailes fueron el terreno preferente elegido para sus operaciones. Observaremos, a través de su experiencia, los riesgos que corrían las mujeres que alternaban con los hombres, en una época en que las relaciones de género eran completamente asimétricas. También tendremos la oportunidad de ver las precauciones que era necesario tomar y las normas tácitas que reglamentaban los espacios de contacto públicos entre modistillas y *señoritos*. La trayectoria iniciada por Eulalia, encaminada a reducir la distancia que socialmente la separaba de los *señoritos*, por medio de la sociabilidad y del contacto en bailes y paseos, condujo al fracaso de sus aspiraciones. Trataremos de analizar las condiciones de este fracaso y las dificultades infranqueables que surgían en las relaciones en las que la diferencia de origen social entre él y ella era grande.

Luisa Atucha, por su parte, fue más allá y practicó el arte de la «simulación» hasta convertirse, como consecuencia de un exhaustivo seguimiento de los dictados de la elegancia y de la moda, en la imitación casi perfecta de una *señorita*. Su trayectoria camaleónica, también arriesgada, le acercó más al objetivo deseado, es decir, el matrimonio con un chico rico. A través de su experiencia, observaremos el desenlace de una relación en que la novia trató de compensar la ausencia objetiva de capital familiar, con buenas dosis de elegancia, distinción y cultura, sin conseguirlo. La trayectoria de Luisa nos informa del sufrimiento

12 De la Sota, Alejandro, *Divagaciones de un bilbaíno*, Bilbao, El Cofre del Bilbaíno, 1967, pág. 54.

13 De la Sota, Alejandro, *Ibidem*, pág. 53. «Realidad», *Sexualidad*, 9 de mayo de 1936.

14 De la Sota, Alejandro, *Ibidem*, pág. 55.

personal que una identidad simulada provoca cuando las convenciones sociales se mantienen rígidas e inflexibles. La frustración de sus aspiraciones y la ruptura de su noviazgo nos ponen sobre la pista de las dificultades con que una identidad simulada tropezaba hasta afianzarse socialmente. En este artículo, pues, a través de la trayectoria de vida de estas dos mujeres, analizaremos los resultados de esas dos tácticas de ascenso social, el contacto franco con los señoritos, por un lado, y el simulacro y la imitación de unas señas de identidad, por otro.

EULALIA ECHEBARRIA, EL CAMINO HASTA LA BUHARDILLA

Eulalia Echebarría nació en Bilbao en 1901. Su padre murió cuando ella tenía seis años. A partir de ese momento, se trasladaron a vivir a una buhardilla de la calle Ascao y la madre se puso a trabajar de interina en una casa de postín en la que, además de sus servicios, tenían aña, mademoiselle, dos doncellas y cocinera. Eulalia, entre los siete y los catorce años, asistió al Colegio del Sagrado Corazón, entrando por la puerta de Hurtado de Amézaga, por el callejón con las pobres, y no por la Gran Vía, por donde entraban las chicas ricas. Le hubiera gustado ser violinista pero había que trabajar. A los catorce años se puso a vivir con una tía, que era una buena bordadora, para ver si aprendía el oficio, pero no vivía a gusto con ella y se escapó para volver a casa de su madre. Finalmente, su padrino le ayudó a entrar de aprendiz de sastre en un taller de la calle Ronda. Desde joven trabajó mucho y cuando era ya medio oficiala llevaba incluso labor a casa para terminar.

A pesar del trabajo duro y de las estrecheces, Eulalia se vivía a sí misma como perteneciente a un gremio humilde pero muy digno, que le concedía el privilegio de poder ostentar, en el enjambre urbano de Bilbao, el noble título de costurera: «*Las costurerillas* éramos otro estilo, –narraba ella misma– más monas, más vestidas, más educadas; más cultas. Las de fábrica, pues ya sabes, hablaban con los obreros. También iban a La Casilla, donde iban las chachas. Las costureras íbamos a Los Campos¹⁵... Eramos otra cosa; alternábamos con otra clase de gente».¹⁶ Eulalia no reconocía, en su condición de modesta obrera de la aguja, elementos de identificación con el resto de las mujeres trabajadoras. Muy al contrario, realizaba un ejercicio de diferenciación consciente de éstas y, aunque objetivamente compartiera la misma escasez,¹⁷ se sentía distinta. Eulalia

¹⁵ Los Campos era un centro de baile a donde no iban señoritas, pero a donde tampoco acudían las clases trabajadoras.

¹⁶ Eulalia Echebarría, entrevista III, 13-12-1997.

¹⁷ A veces los sueldos de las obreras de fábrica eran superiores a los de las costureras, quienes en algunas ramas de su profesión recibían unos salarios particularmente bajos.

creía estar en posesión de un pequeño capital cultural, y simbólico que le permitía entrar en contacto con lo inmediatamente superior y desligarse de lo que consideraba que tenía por debajo.

Las destrezas que Eulalia desarrollaba en su trabajo las aprovechaba para la promoción de sí misma:

Nos hacíamos la ropa interior también por la noche, hasta la una, allí, con la luz. Vendían aquí unos encajes para la delantera... Los sujetadores nos los hacíamos nosotras con las sobras de los forros de seda de los trajes... A mí los taxistas me decían: «Adiós, pechito paloma». No me sabían decir otra cosa... Yo pasaba toda tiesa... porque encima no hacíamos caso ¿eh?¹⁸

Para una costurera que había cuidado celosamente su aspecto, el piropo representaba la confirmación del éxito de su empresa. Gustar y provocar la palabra de un hombre significaba el inicio de la seducción. Por aquel tiempo, se entendía que ésta tenía una sola dirección, desde un hombre a una mujer, y que el arma típica, utilizada para iniciar la conquista, eran los requiebros. Ser guapa y suscitar la admiración masculina ofrecía, en cierto modo, seguridad, porque ampliaba el campo de posibles pretendientes.

En el pequeño universo de opciones que una chica de la condición de Eulalia contemplaba, el lugar más destacado lo ocupaba el inicio hipotético de una relación con un chico rico. La oportunidad para tal circunstancia se intensificaba cuando en el verano y con el calor, llegaba la vacante en los talleres de costura.

...Cuando había poca labor –recordaba Eulalia–...cogíamos el tren obrero. Teníamos las horas fijas para cogerlo y para volver, porque era el más barato. A los ricos les gustábamos las costureras; la de fábrica alternaba con el obrero; y estos ricos y también los de comercio y los de banca, alternaban con nosotras. Era como clases que había... Nosotras íbamos con la tortilla y las alpargatitas blancas y una batita muy mona. Batita pero estilo vestidito, eran percales muy bonitos. Y cuando íbamos a la playa, los chicos que estaban veraneando allí venían y traían para pescar, y jugábamos al hinque y a prendas. Lo pasábamos bien. Había *txoznas* y te freían el pescado si querías, pero decían: «No, no, ya freiremos nosotros»; les gustaba estar de cocineros. Y nos enseñaban a nadar, pero nosotras no éramos tontas: a nadar se puede llevar de dos formas, de la cintura o de la barbilla, y nosotras cuando nos iban a enseñar a nadar decíamos: «¡Nos tenéis que enseñar de la barbilla!», ¿Sabes por qué? Porque éramos mal pensadas (se ríe), y ahora me río. Pero entonces no nos dábamos cuenta. Decíamos:

«¡Ah!, no, no. Tiene que ser de la barbilla», «igual baja la mano» (se ríe). Ahora me río, pero éramos mal pensadas. Luego cuando se terminaba, tú cogías el tren obrero y ellos se quedaban allí y se acabó.¹⁹

A través de este relato, percibimos la contradicción sobre la que Eulalia construyó el núcleo de su identidad como modistilla. Por un lado, admitía su condición humilde al reconocer, sin reparos, la necesidad de coger el *tren obrero*; por otro, reafirmaba su deseo de distinguirse de las obreras de fábrica en su forma curiosa de vestir. Construir una identidad sobre elementos contradictorios no significa, sin embargo, tener una vivencia *esquizofrénica* de la misma. Eulalia no era una obrera que se negaba a sí misma, en su pretensión de parecer una señorita. En su identidad se articulaban, de forma compleja, la dignidad que extraía de su posición modesta y la *pretensión* de ascenso social, que alimentaba gracias a sus cualidades como modistilla. El énfasis en la descripción del detalle en su indumentaria se relaciona con el propio convencimiento de que era en esa apariencia esmerada donde se encontraba la clave de su distinción; la que le permitiría entrar en contacto, no sólo con los ricos de Neguri, sino con todo el escalafón de los empleados urbanos de las clases medias.

Por otra parte, en la sociabilidad entre chicos y chicas, que se describe en ese relato, se destaca otra de las peculiaridades de su identidad de costurera: la libertad de movimientos y de trato con los chicos. Desde el punto de vista de la estricta moral de las clases medias, que potenciaba la segregación entre los sexos y sólo en círculos selectos permitían su contacto, la escena resultaba sorprendente. Si añadimos el hecho de que aquellos chicos eran desconocidos, la anécdota se convertía en escandalosa. Esta libertad de que gozaban las costureras, sin embargo, era un arma de doble filo. Su uso les permitía suplir la distancia que existía entre la posición social de los chicos de Neguri y la suya, pero también implicaba riesgos. Muchas de las estrategias de las modistillas, siempre basadas en la concesión del contacto y en la buena disposición a entablar relación, eran empresas arriesgadas, sobre todo teniendo en cuenta que la época permitía a los hombres unas licencias que convertía en condenas si las practicaban las mujeres.

La desconfianza de las costureras hacia los hombres estaba justificada por la larga historia de desengaños que los donjuanes y tenorios habían dejado escrita y que constituía casi una tradición. Recelar, no conceder anticipos, acompañarse las unas a las otras, eran tácticas de supervivencia en un entorno social hostil que exigía de las mujeres la localización de un sexto sentido para guiarse en ese territorio incierto de las relaciones de género. El realismo que, en cierto modo, nunca abandonaba a una modistilla, ayudaba a la prevención. Saber que la playa de Ereaga, Neguri y aquellos chicos formaban parte de un mundo ajeno,

¹⁹ Eulalia Echebarría, entrevista III, 13-12-1997.

que se cerraba al coger de nuevo el *tren obrero*, convertía estos acontecimientos en quimeras con principio y final.

Sin embargo, dejarse conquistar suponía atreverse a saltar a la arena y probar suerte. En un momento dado ocurría lo que, por otra parte, había sido tan anhelado:

...a mí, –relataba– Eulalia a los diecisiete años, me empezó a acompañar..., un ricachón, uno de los Gobellares, eran muy nombrados. Pero mi madre, que me vio con él..., ¡me cagüen la mar!. Vine de coser al mediodía, estaba en la esquina hablando... y te daban la manita y se acabó. Bajó mi madre..., ¡purrrum-pam-pam-pom-pom-pom-pom!, la que se armó, además, allí delante. El otro ya no volvió más. Mi madre..., tenían fama que les gustábamos las costurerillas pero luego, a la hora de casar, se casaban con las de... eso con las... Y claro, mi madre me vio con él, me puso a caldo, ¿no entiendes? Nada, bueno..., era así la vida.²⁰

El papel de la familia en la preservación de la virtud de las hijas era una constante en la vida de las costureras. En muchos casos, la madre representaba un caudal de saber acumulado con el tiempo que devolvía la sensatez a situaciones que podían comprometer a las hijas. Lo que la voz de la experiencia decía en estos casos era que los ricos se *entretendían* con las costureras pero se casaban con las chicas de su clase, y que salir con ellos era una pérdida de tiempo que desacreditaba a la chica de modo irreparable. Las fantasías de las modistillas estaban empañadas por esta sentencia.

La apuesta era arriesgada: aceptar el principio conservador que imponía la familia y optar por la prudencia suponía frustrar de antemano las pretensiones de ascenso; por el contrario, aventurarse en una relación tan desigual suponía desafiar muchas leyes, entre otras, aquéllas que fomentaban la doble moral en el comportamiento masculino y que tanta vitalidad mantenían en la sociedad de principios de siglo. Cierta resignación ante esta realidad fue también un elemento importante en la identidad de Eulalia. Admitir la vida como era significaba ser consciente de que la apuesta por una quimera le podía conducir por alguno de los caminos que, precisamente, el vigor y la extensión de esa doble moral establecían. Uno de los más comunes era convertirse en la *querida* de un ricachón. Esta condición, estigmatizada socialmente sin paliativos, recibía de Eulalia una comprensión que daba la medida de la proximidad desde la que la contemplaba:

...el rico estaba casado y tenía su mujer, pero si quería una... ya me entiendes, la ponía un piso, la mantenía, la daba para vivir bien, pero para vivir

bien. Mira yo conocí una chica, que era amiga mía... Esa tenía una hermana que tuvo un hijo con un carnicero, pero la dejó. Ya sabéis lo que pasaba..., la dejó. Bueno, pues luego ésa se echó uno, que era de Deusto, vivía con hermanas, era soltero. Se la echó a ésa de... amigueta, vivía en Bailén. Pues vivía como una reina, guapa. Y además tuvo cuatro hijos con ella. Y además le dio el apellido hasta al hijo del carnicero, porque ya como vivía con su madre... ¿Sabes dónde veraneaban? En Neguri. Pero él se murió y no me gustó, porque un día le vi a ella que iba al Gayarre con el socio. Pues eso a mí no me pareció bien. Para que veas lo que era yo... Porque él fue muy bueno... porque ella iba a casa de él, también a Deusto, las hermanas lo recibían bien. O sea, se portó bien. Pues no tenía derecho ella a haber hecho eso. Sino haberle guardado un poco, un poco respeto.²¹

El relato insinúa que este tipo de arreglos estaba sujeto a ciertos principios de tipo consuetudinario, a unas normas implícitas al propio desarrollo de la relación que reglamentaban ciertos derechos y deberes, sobre todo cuando, como era el caso, él había dado el apellido a los hijos, actitud ésta que podemos considerar excepcional en el contexto de la época. Así, si en el lado de las obligaciones de un hombre, se situaba el compromiso hacia los hijos/as, fruto de aquella relación, en el lado de la mujer, quedaba la lealtad, el respeto a la dignidad del hombre. El cumplimiento de esta ética se traducía en la estabilización de la relación, conforme a los cánones de la fidelidad conyugal, y esto confería al propio vínculo una cierta respetabilidad. A los ojos de Eulalia, un acuerdo de estas características no era un mal apaño y podía ser contemplado por ella, eventualmente, como una posibilidad no degradante de supervivencia si se cumplía a rajatabla por las dos partes.

Sin embargo, aunque esta valoración daba la medida del arraigo de ciertas prácticas, no respondía a los deseos de Eulalia, que era joven y buscaba en el amor el mejor aliado para un enlace matrimonial, que, en principio, quería que se materializase en toda regla. En su afán por conseguirlo, era inevitable la contienda con las señoritas de clase media. Uno de los lugares en que se dirimían estos lances, eran los paseos. Eulalia, de la misma manera que sabía cuáles eran los elementos que le permitían distinguirse de la clase trabajadora y los enfatizaba, conocía también perfectamente la distancia que la separaba de las *señoritas* de clase media:

...(En los paseos). Las de la clase media..., que siempre decían: «la sufrida clase media». ¿Por qué te crees que decían: «la sufrida clase media»? Porque eran mujeres que los papás eran ejecutivos... Vivían en mejores pisos que nosotras. Porque las pobres teníamos que vivir en una buhardilla... Y

²¹ Eulalia Echebarría, entrevista III, 13-12-1997.

ellas no trabajaban, como señoritas ricas tenían una chacha, una criadita y no trabajaban. Y claro, llevaban un postín de más de lo que podían y por eso se decía: «la sufrida clase media», porque tenían que atarse el cinturón, porque no les llegaba para todo lo que... Y paseaban por esta acera, y las demás paseábamos por la otra... Cada uno tenía sus amistades. Y si ellas paseaban por esta acera, tú acostumbrabas a pasear por la otra. Y ya estaba, no pasaba nada, cada una paseaba por lo suyo. Era así la vida y nada más.²²

La distancia que las separaba a unas de otras era un mundo de diferencias que se traducían en fronteras físicas infranqueables. La segregación del espacio urbano no era sino otra manifestación, quizás la más ostentosa, de una sociedad deliberadamente jerarquizada que necesitaba un escaparate en el que poder exponer los símbolos de sus categorías. La rebeldía de Eulalia contra este orden de cosas se adivina en el tono de la sátira con la que caricaturiza a la clase media. Sin embargo, el sistema se imponía y las aguas se dividían. La memoria de Eulalia traiciona el poder de su crítica cuando el relato cede el protagonismo a las «señoritas», que «paseaban por esta acera». Automáticamente, su propia imagen y la de las modistillas se convierten en *lo otro*. La dicotomía, *estas/las otras* sobre la que estructura Eulalia su relato, nos devuelve a la contradicción sobre la que estaba construida su identidad. La dignidad que extraía de su condición modesta daba fuerza a la ironía sobre la «sufrida clase media», pero en su *pretensión* de ascenso el referente de las señoritas acaparaba toda la escena. Mantener una posición en tránsito en una sociedad donde no se admitían clasificaciones intermedias era difícil y situaba a la propia identidad en una condición de fragilidad. En la memoria de Eulalia ha quedado registrado ese déficit de poder en este sintomático cambio de posición, de «esta acera a la otra».

Era pues en el escenario segregado de la ciudad donde tomaba cuerpo y expresión la rivalidad entre las mujeres de las distintas clases sociales. Señaladas como las responsables del mantenimiento de las fronteras formales de distinción social, las señoritas trataban de exhibir en los paseos todos los atributos que separaban las clases medias del resto de los grupos inmediatamente inferiores: los guantes, el sombrero, las medias de seda, la señorita de compañía... Se trataba de un juego de ostentaciones cuya significación traducían delimitaciones de posición.

Sin embargo, era éste un juego cuyas reglas los hombres respetaban sólo de forma laxa. Existía cierto consenso social y familiar mediante el cual el quebrantamiento, por parte de los hombres, de las barreras sociales se toleraba: «Si una de nuestras madres ve a su hijo con una costurera en la esquina de Cinture-

ría, –decía un cronista de la sociedad bilbaína– no cree que es pecado, sino, como decimos en la intimidad: “le hace mucha gracia”». ²³ El rigor se exigía a las señoritas de clase media, no a los señoritos. Aquéllas, además, al tener una libertad de movimientos muy pequeña, también tenían vedada su asistencia a los bailes populares.

Los bailes, más que los paseos, constituían los lugares predilectos para la sociabilidad entre costureras y señoritos. Eran el terreno privilegiado en el que ellas, en ausencia de sus rivales, captaban toda la atención. Las modistillas podían desplegar sus encantos con la seguridad de que tales reclamos serían correspondidos. Sin embargo, las relaciones nacidas en estos bailes acusaban la diferencia de capacidad económica que disfrutaban unas y otros. A través de la «invitación» ²⁴ se iniciaba una relación que no era desinteresada y cuyo nivel de exposición para ellas no siempre podía adivinarse:

Nosotras íbamos a Los Campos. Íbamos a las seis y salías a las nueve. Siempre salías con alguno. La madre no te daba más que justo para la entrada, siempre salías acompañada, te pagaban. Estaba el Café Bernabé a la vuelta. Nos sentábamos allí, echábamos una partidita de dominó con ellos, nos distraíamos y tomábamos algo. Te invitaban, siempre te invitaban, el chico era muy espléndido entonces.

Kathy Peiss ha analizado la costumbre de la «invitación» en la sociedad neoyorquina de principios de siglo. Según su consideración, aquélla no resultaba una proposición unívoca sino que presuponía una relación de ida y vuelta. Una vez que la reciprocidad en el terreno monetario era imposible, aceptar la compañía y diferentes grados de flirteo se consideraban «parte del trato».

En esta relación de ida y vuelta que se establecía en los bailes a través de las invitaciones existía toda una serie de reglas tácitas de comportamiento que permitían a las chicas establecer límites al contacto con los chicos:

...Si no te gustaba un chico le decías que no y se acabó el cotarro y no pasaba nada. En Los Campos vi yo a unas chicas..., serían de fábrica, esas eran más descaradas... Se conoce que alguno se arrimó mucho y le dejaron plantado, pero a él no le hizo mucha gracia, el caso que ¿sabes él lo que les dijo?...», yo dije: «cuando las barbas de tu vecino veas pelar, pon las tuyas a remojar». Les dijo: «¡oye guapa!, ¡pero tú que te has creído, que tengo yo el gusto perdido!». Y dije yo: « ¡Jolín! ¡Cualquiera le deja a uno de estos ahí plantado!». ¡Fíjate lo que le dijeron!, porque (a) ella, se conoce que se

²³ De la Sota, Alejandro, *Divagaciones*, pág. 55.

²⁴ Peiss, Kathy, «Charity Girls and City Pleasures: Historical Notes on Working-Class Sexuality, 1880-1920» en *Passion and Power. Sexuality in History*, editado por K. Peissy, Ch. Simmons, Philadelphia, Temple University Press, 1989.

arrimó mucho, y le dejó plantado. Porque eso valía, también valía el decir que no. Te sacaban a bailar, le decías que no y se acabó el cotarro. Eso era dar calabazas. A ellos se conoce que no les gustó y la pusieron a ella a bajar de un burro: «¡oye guapa!, ¡pero tú qué te has creído que tengo yo el gusto perdido!». Pues si tú estás oyendo eso, cualquiera deja a ninguno de éstos aquí.²⁵

Los bailes tenían, pues, sus propias normas no explícitas de funcionamiento. Sin embargo, a través del testimonio de Eulalia, podemos observar que activarlas no era tan sencillo. La identificación de la finura con la discreción y de lo vulgar con el escándalo, era tan rigurosa que verse envuelta en un alboroto era un escarnio del que sólo la reputación de la chica salía malparada. Diferenciarse de *las de fábrica* significaba ser «fina» y esta condición, dificultaba el uso franco y abierto de los mecanismos de reglamentación de los bailes. La estimación de un hombre no podía quedar públicamente en entredicho por la negación de una mujer. Una chica debía aprender a elegir bien y a calcular los riesgos antes de establecer una relación.

En cabeza ajena, pues, Eulalia aprendió que dejar plantado a un hombre era una empresa más arriesgada que aguantar sus embates y que había que tratar de esquivar el reproche violento y súbito de un chico despechado si se quería mantener la compostura. La escena presenciada en Los Campos tuvo en ella el efecto prescriptivo de las grandes lecciones de moral: prevenir antes que lamentar:

Yo una vez estaba bailando en el Casino de Archanda con un chico que era abogado... Era un chico muy guapo y alto. Pero se arrimaba tanto que yo no podía bailar... Porque para bailar las piernas las tienes que tener sueltas, pero si un hombre se arrima de aquí (la cintura), no puedes bailar. Pero yo en vez de decirle nada, ni dejarle plantado..., le dejé... Me acordaba de aquello (de lo sucedido en Los Campos), (se ríe)... No creo... porque ese chico era abogado y siempre tienen otra educación que muchos, pero no me aventuré. No bailaba a gusto, pero no le dije nada. Yo ¿sabes lo que hacía?, metía la tripa y sacaba el culo para que no llegaría a arrimarse lo que se arrimaba. Pues otra vez me sacó a bailar, y le di calabazas y no pasó nada... Era chico de otra educación. Pero mira lo que le dijeron a aquélla (se ríe), tú calcula.²⁶

Era aconsejable medir, ser sutil y administrar con cuidado las reglas de juego. Era menos arriesgado *dar calabazas* que *dejar plantado*. En definitiva, lo primero significaba no tomar riesgos, no lanzarse al ruedo. Las verdaderas in-

25 Eulalia Echebarría, entrevista III, 13-12-1997.

26 Eulalia Echebarría, *ibídem*.

tenciones de los acompañantes se mostraban bailando, que era donde se producían las situaciones embarazosas. Pero una vez en la pista, renunciar a *dejar plantado*, como Eulalia había aprendido por experiencia ajena, significaba desprenderse de la capacidad de decidir en última instancia sobre situaciones incómodas. A Eulalia le gustaba la pista porque era un lugar propicio para las escenas románticas, pero, en efecto, tenía escasos recursos con los que protegerse en dichas circunstancias.

El Casino de Archanda resultaba el escenario ideal que acercaba a Eulalia a todo ese mundo refinado e inaccesible de las clases medias. Inaugurado en los años veinte, el estilo decó moderno y elegante del Casino ofrecía a Bilbao un espacio más en consonancia con los nuevos tiempos, más ligeros y frívolos. La memoria de Eulalia ha registrado con detalle la impresión que le causó la primera vez que acudió con su hermana a este baile:

...Íbamos al Casino de Archanda en los años veinte que era cuando los tangazos, La Comparsita... Había orquesta. Me acuerdo que en Archanda, arriba era más elegante que abajo. Abajo había mesas también pero sin manteles, eran mesas más corrientes y se bailaba. Ahora, también se podía bailar arriba, que era el balcón y había mesas con manteles. Además, los chicos ¡todo te lo pagaban, guapa! Y ¡qué cosas más buenas!... La primera vez que fui yo, fui con mi hermana, porque mi hermana era mayor que yo. Yo era más ignorante, más cobarde... Ella era la que conocía a los chicos: «¿qué queréis tomar?», y mi hermana dijo: «un té completo». Yo que le oigo un té (se ríe)... Yo no sabía lo que era un té completo... le digo, así por lo bajo: «¿para qué has pedido un té si no me duelen las tripas?» (se ríe). Pero luego sí que me gustó el té. ¿Sabes lo que era un té completo? Te sacaban la tetera, una jarrita con leche. Te sacaban una bandejita con pastas. Otra bandejita..., hecha de flores, de mantequilla. Otra con el pan cortadito... Eso era un té completo. Luego, me decía mi hermana: «¡Qué! ¿Te ha gustado?», (se ríe), ¡Claro que me había gustado!²⁷

El Casino de Archanda daba a Eulalia la oportunidad de degustar lo refinado y lo selecto, prolegómenos de una fantasía a la que aspiraba. La delectación de aquel ambiente y la impresión positiva que le causaba no hacían sino confirmar sus pretensiones. El recuerdo de los pequeños detalles teje en la memoria de Eulalia un mosaico de brillos y esplendores que vienen a arropar la evocación de los que fueron los instantes más cautivadores de su vida. El ambiente distinguido del Casino realzaba su propia imagen vistosa y pulcra pero la orquesta y la música de tango no eran ajenos a la degustación de esa armonía. Los tangos eran muy poderosos. Podían teñir la atmósfera de un tono románti-

²⁷ Eulalia Echebarría, entrevista II, 22-4-1997.

co porque con sus letras, eran capaces incluso de crear en las mujeres confianza hacia los hombres.

El prototipo de masculinidad presente en los tangos, como era el caso de *La Comparsita* al que aludía Eulalia, reflejaba -según Dolores Juliano- «una mayor sensibilidad y capacidad de amar masculinas, relacionadas con un destino de sufrimiento»²⁸. En algunos de ellos, como ocurre en el caso concreto de *La Comparsita*, el hombre protagonista del tango sufre desde que fue abandonado por una mujer, a la que, por otro lado, es incapaz de olvidar:

Si supieras
que aún dentro de mi alma
conservo aquel cariño
que tuve para ti...
te llevo en el recuerdo
con el cariño santo
que tuve para amar
y sos en todas partes
pedazo de mi vida
una ilusión querida
que no podré olvidar.²⁹

La metáfora del hombre abandonado venía a sustituir a la de la mujer desamparada, pero existía una comunión de emociones para ambos, causadas por el destino malogrado en la entrega amorosa y por la soledad insuperable al no poder volver a amar. El recuerdo indeleble dejado por el amor vivido era el único consuelo de ese alma atormentada. Un hombre capaz de sentir así era alguien en quien se podía confiar. Eulalia debió creerlo así, cuando en la atmósfera mágica del Casino apareció

...un chico majo, alto, muy guapo, pero muy educado. Yo estaba arriba bailoteando, porque yo he bailado bien... he sido de poquito hueso, porque para bailar hay que dejarse llevar, era fina, tenía un tipito... Estábamos bailando un tango... y nos dejaron solos... A mí me daba apuro que te dejen sola... Se conoce que se emocionó un poco, pero no se arrimó... Y me dió un beso aquí (en la mejilla), un beso normal, no en el morro ¿entien-

²⁸ Juliano, Dolores, *El juego de las astucias. Mujer y construcción de modelos sociales alternativos*, Madrid, Horas y horas 1992, pág. 141. La autora propone que fue el desajuste demográfico entre hombres y mujeres en el Buenos Aires del tránsito de siglo el que creó una coyuntura especialmente favorable para la renegociación de las relaciones entre los géneros que supuso un cambio considerable de las actitudes masculinas hacia las mujeres. «Al hombre le quedaba sólo el recurso de la seducción. Debía hacerse amar si quería conservar su compañera, y ante la necesidad de utilizar este recurso comienza a mostrarse comprensivo y tolerante», pág. 143.

²⁹ Libroto adjunto en los discos *Las 60 mejores canciones de Carlos Gardel*.

des? Y yo entonces no le dije nada, pero levanté así la vista (de lado), sin decirle nada. Parece que el chico se avergonzó y no pasó nada. Ya ves, era así la vida.³⁰

Que a lo largo de la vida de Eulalia este beso fuera el que dejara una huella más profunda en su memoria nos obliga a reconocer que la escena constituye un compendio de las aspiraciones amorosas de Eulalia. En la escena, aparece el chico guapo, pero educado, que trata con delicadeza a las mujeres. El tango permite reconocer esa cualidad porque es un baile que surge de la compenetración entre ambas personas. De esa armonización nace el impulso de él hacia el beso. Eulalia sabe reconocer esa emoción y la distingue del deseo de pegarse y aprovecharse con el propósito del baile. La valoración de este hecho conduce a la disculpa y a la justificación del chico.

Una enorme distancia separa este ideal del comportamiento amoroso masculino de la época, que era descrito, por un experto en los temas del amor, en estos términos: «Hay en el fondo de la masculinidad española –afirmaba el doctor Juarros– un enfatuamiento sexual[...] Se cree tener un derecho rotundo al monopolio sexual de mujeres a las que, en cambio, no se ofrece la menor compensación de verdadero cariño».³¹ La escena del Casino, sin embargo, sugiere que las aspiraciones de Eulalia estaban en consonancia con otros ideales de masculinidad más acordes con el trato sentimental y amoroso. El hombre delicado con las mujeres parece que ganaba terreno sobre el tipo arrogante. La evolución de la sexualidad heterosexual a lo largo del siglo XX nos pone sobre la pista de algunos cambios que han tenido lugar en las relaciones sexuales entre hombres y mujeres. Así, el respeto y el consentimiento han sido dos nuevos elementos que se han introducido en la relación heterosexual en la medida en que las mujeres han ido ganando terreno como sujetos y abandonando la posición de meros objetos sexuales con respecto a los hombres.³² La actitud de Eulalia parece confirmar de forma incipiente el valor de esos dos nuevos contenidos, el consentimiento y el respeto, dentro de la erótica heterosexual y el distanciamiento de posturas de carácter mercantil y cosificador del sexo femenino.

La atracción causada por unas cualidades entre las que tenían un papel destacado el sentimiento y la emoción se impuso, de forma determinante para Eulalia, a la hora de implicarse en una relación amorosa. Ella abrazó enseguida lo que Luhmann llama la «impronta simbólica de la "casualidad"», y que se refiere al inicio de las relaciones amorosas sin cláusulas ni condiciones a priori.³³ Este posicionamiento favorecería la independencia con respecto a las presiones

30 Eulalia Echebarría, entrevista II, 22-4-1997 y entrevista III, 13-12-1997.

31 Juarros, César, *El amor*, pág. 81.

32 Para una puesta al día sobre la evolución actual de las relaciones sexuales entre hombres y mujeres, así como de los efectos de la liberación sexual ver Izquierdo, María Jesús, *Sin vuelta de hoja: placer, poder y trabajo*, Barcelona, Bellaterra, 2001.

33 Luhmann, Niklas, *El amor como pasión*, Barcelona, Península, 1985, pág. 153.

exteriores que pudieran obstaculizar el destino y concedía al amor romántico un lugar preeminente en la consecución de una relación estable:

Yo novios no he tenido... He tenido amigos. No es lo mismo amigos que novios. Pretendientes los tienes, pero si no te gustan pues no llegan a ser novios... A mí, había alguno que me gustaba, pero otros que no me gustaban, y no te vas a agarrar a los cinco minutos con él porque te pretenda. Hay que darse a valer un poco... Yo creo que hay que tener algo en el izquierdo. Si a mí no me entraba por aquí (el corazón), podía ser el mejor chico y el más guapo, pero si no me entraba...³⁴

El enamoramiento, antes que el dinero y la conveniencia, debía ser el elemento determinante que guiara la decisión con respecto al matrimonio. El ideal amoroso del que participaba Eulalia estaba fundamentado en las nociones del amor romántico.³⁵ Estas hablaban de la atracción a primera vista como el elemento iniciático de lo que sería una relación amorosa. Decían también que lo sublime y espiritual se situaba en estas relaciones por encima de lo sexual. La virtud jugaba, entonces, un papel importante y no resultaba tanto sinónimo de inocencia, como cualidad que volvía a la otra persona especial y digna de los nuevos afectos. En este sentido, el amor vencía al sexo. Eulalia compartía la convicción de que las mujeres que se embarcaban en una empresa amorosa debían ser capaces de imponer aquellas directrices románticas, más acordes al predominio del afecto y del sentimiento.

Pero si el principio del amor allanaba el camino de la elección amorosa, complicaba las pretensiones de ascenso social vía matrimonial porque la ambición exigía más cálculo y atención a la conveniencia. El mundo que rodeaba a Eulalia permanecía fiel al fundamento del interés y existía poco margen para las iniciativas románticas. La imposibilidad en la práctica de combinar elementos tan dispares como el ideal de amor romántico con la diferencia de posición social, o el sentimiento y el respeto con la asimetría de género, provocó una frustración de las aspiraciones de nuestra protagonista, para quien la perspectiva de un matrimonio solo guiado por la conveniencia no tenía ningún interés:

(El jefe del taller) –recuerda Eulalia– era muy torero... y le daban las tres de la mañana hablando de toros, pero luego por la mañana no se levantaba. Y las demás... *chaca chaca*, y la mujer también. La pobre tuvo tres hijos... se murió de parto. Luego, él se quiso casar conmigo y dije: «¡jolín!, ¡ni que no habría más hombres en el mundo! Viudo, con tres hijos y ade-

34 Eulalia Echebarría, entrevista III, 13-12-1997.

35 Anthony Giddens analiza las repercusiones para el desarrollo de la intimidad de la extensión social de las cualidades del amor romántico, proceso que fue, según él, especialmente impulsado por las mujeres. Giddens, Anthony, *La transformación de la intimidad*, Madrid, 1995, págs. 46-50.

más un vago». ¡Había que tener ganas de sastre! ¡Con los chicos que yo había tenido!, ¡*imecagiñen la mar!* y muchos que tuve buenísimos. Que me podía haber casado..., pero por no subirles a esta buhardilla, porque como iba una mona y el portal también era mono. Menudos chicos he tenido yo para haberme casado si me hubiera dado la gana, y no haberme casado con aquél.³⁶

Este episodio viene a mostrar los límites de la estrategia elegida por Eulalia y condensa su drama personal. Por un lado, la conveniencia y el interés por sí mismos no representaban para ella una alternativa deseada; por otro lado, en la práctica, era imposible congeniar la diferencia que había entre la realidad de su buhardilla y la condición social de los chicos con los que salía. Era inviable la consecución de un enlace matrimonial sin subir al novio a la buhardilla y sin romper una ficción costosamente construida en bailes y paseos. Sus pretensiones matrimoniales, basadas en la concesión de contacto y de relación, pero también en el ocultamiento de sus verdaderas condiciones de vida, estaban condenadas al fracaso. Eulalia permaneció soltera, vivió siempre en la buhardilla de la calle Ascao y se ganó la vida como modista.

LUISA ATUCHA, UNA MODISTILLA DE MUCHAS ALAS

Luisa Atucha nació en el Casco Viejo de Bilbao en 1912. Su padre, que trabajaba de encargado en una zapatería se enamoró de su madre, que era una aldeanita de Zamudio, a quien las hermanas del Conde Zubiría sacaron del caserío y le enseñaron a coser ropa blanca en su palacio del Campo Volantín. El padre murió joven y la madre sacó adelante a los tres hijos que sobrevivieron a sus seis alumbramientos. A pesar de las estrecheces económicas y de su posición social humilde, Luisa deseaba ser parte integrante de las clases medias bilbaínas. A lo largo de toda su juventud, su anhelo fue llegar a ser una señorita. Para lograrlo, trató de emular todas y cada una de las características que señalaban esa condición, intentando ajustarse a la manera correcta y distinguida de entender la «elegancia».

A lo largo de los años veinte, la prensa bilbaína, a través de su publicación *El Pueblo Vasco*, intentó aportar elementos para la definición de conceptos tan volátiles como el gusto y la distinción, en su página femenina semanal. Lo más común fue definir la elegancia por medio de eufemismos imprecisos que permitían cierta ambigüedad a la hora de determinar su adjudicación a los distintos aspirantes. Así, se hablaba en esa sección de *El Pueblo Vasco* de la elegancia como de un «no sé qué» que consistía en «un arte intuitivo, natural, espontá-

³⁶ Eulalia Echebarría, entrevista I, abril 1994.

neo,[...] cuidadosamente, sabiamente cultivado»;³⁷ o se decía: «el chic no está en nada y está... en todo. Parecido al talento o al genio es personal e intransferible».³⁸ La prensa enfatizaba el valor de la adaptación individual de esas esencias. En la capacidad para redefinirlas con originalidad y darles un «toque» genuino se encontraba el espíritu de la verdadera elegancia. Pero, dado que las pautas para esa interpretación personal estaban prescritas por criterios estéticos muy estrictos que definían el buen gusto, esa licencia a la libertad individual resultaba, en cierto modo, demagógica. En realidad, existía el peligro de caer en lo «cursi», en la afectación en el vestir, en el hablar, y en la manera de comportarse. El secreto que permitía la conjura de estos riesgos se encontraba, por un lado, en el aprendizaje de los cánones que dictaban las buenas maneras y la distinción, y por otro, en el trato de personas distinguidas y en la observación atenta de sus modos de vida y costumbres.

Durante los años veinte y treinta, podemos observar la pugna entre dos tendencias antagónicas de entender la distinción: la que impulsaba la creencia en la posibilidad de la adquisición de una serie de virtudes que definían la elegancia; y la que hablaba del origen natural de tales características, de la manifestación espontánea de las mismas como la única llave para su credibilidad. El conflicto presente en las clases medias, a propósito de la movilidad social, se manifestaba veladamente en este desacuerdo. Por un lado, las tendencias conservadoras pretendían imponer unos límites rígidos para la definición de clase que impidiera lo que, desde su punto de vista, era la vulgarización de lo exquisito y su popularización y difusión. Por su parte, los sectores más liberales y abiertos de las clases medias, proponían una democratización de los símbolos y tendían a presentar la posibilidad del alcanzar la distinción: «El chic ni se compra ni se vende, -proclamaba una vez más la prensa local- ni tampoco es un don forzosamente aristocrático, como lo prueba que en el mismo París hay infinidad de damas nobles que carecen de ese chic,[...] que tanto abunda entre las sencillas modistillas».³⁹

Luisa Atucha participó del convencimiento de que la elegancia verdadera no era don exclusivo de una minoría de mujeres privilegiadas sino que mediante algunas facultades naturales (intuición, asimilación, buen gusto, sentido de lo bello, cierta cultura general, etc.), resultaba adquirible para la mayoría de aquéllas. Luisa intentó hacer realidad esa propuesta. Ella confeccionó una noción de individuo que reconocía el valor personal como el baluarte principal de su capacidad para progresar y, a la vez, confiaba en la gracia, esencia espiritual de la persona, que permitía poner en un segundo plano la influencia de las circunstancias medioambientales, sobre todo, si éstas eran adversas:

37 El amigo Teddy, «El jardín de la elegancia», *El PV*, 28 de junio de 1928.

38 El amigo Teddy, «El jardín de la elegancia», *El PV*, 15 de noviembre de 1925.

39 El amigo Teddy, *Ibíd.*

...Para mí –afirmaba Luisa Atucha– la persona habla, la persona es la joya, la persona es... la riqueza. Si una mujer es mujer de verdad... eso es un capital... eso es una joya... ¿Qué valen las riquezas?... Tienes chicas que son de familias muy sencillas que son una maravilla. ... Naces con eso. Yo creo que naces con eso.⁴⁰

Estas ideas resultaban enormemente sólidas a la hora de apoyar un talante ambicioso que se propusiera progresar, porque combinaban una fundamentación aristocrática del ser con el fomento de las capacidades por medio del esfuerzo y la entrega. Aunque en las clases medias el esencialismo era conservador, en Luisa fortalecía su visión democrática de la elegancia porque ésta se repartía por nacimiento, como un don, pero de forma interclasista. Ser elegante dependía de haber nacido elegante más allá de la condición social. Por todo ello, para Luisa ser una señorita era la meta a la que estaba destinada y a la que debía llegar.

Indudablemente, aparentar por medio de los atributos externos, vestido, sombrero, tendencias de la moda, que era una *señorita*, era uno de sus objetivos fundamentales:

...He sabido coser –continuaba diciendo Luisa–, he sabido hacer sombreros... Con cuatro perras me ponía *monísima*, y creían todos que yo era de muchas alas... No sabían demasiado que en mis alas no había alas... Era yo... que te ponías muy *mona*... En la vecindad decían: «ya baja la modelo de la casa...». Yo era la modelo de la escalera... Tenía un tipo bonito... Me cosía yo. Todos los figurines de las revistas que venían en la página me hacía. Iba donde Carasa, que era una tienda de telas en la calle La Cruz... Tenía unas telas preciosas. Yo compraba ahí. Me acuerdo que un día vi un figurín y justo, justo, justo veo la misma tela, en el mismo color en Carasa. Compré solamente dos metros. «Pero, ¡si con dos metros no te va a llegar!». «¿No me va a llegar?». Bajaba yo por la escalera de *mona* con aquel vestido... Recorría las tiendas hasta ver aquella tela que yo quería.⁴¹

Economizar y simular aires de grandeza garantizaban buenos resultados. Ello exigía una buena inversión de energías, así como el desarrollo de habilidades que permitieran transformar el gusto y los dictados de la moda en realidad. Pero no sólo importaba el aspecto exterior. Ser elegante y convertirse en una señorita implicaba «cultivarse», estar bien educada. Era necesario aprender francés, algo de piano, cultura general. El impulso obsesivo por saber de todo un poco llevó a Luisa a aprovechar todos los recursos de los que disponía: la es-

40 Luisa Atucha, entrevista II, 9-6-1998.

41 Luisa Atucha, entrevista I, 2-4-1998.

cuela, en la que despuntó por su inteligencia, la parroquia, que le dio la oportunidad de acercarse a la música; asistió a clases de mecanografía en la Escuela de Comercio. Aprendió francés, costura, taquigrafía, puericultura y, finalmente, durante la República, aprovechó la oportunidad que Emakume Abertzale Batza ofreció a las bilbaínas de hacerse enfermeras.

Todos estos esfuerzos habrían sido bienvenidos, desde el punto de vista monetario, si Luisa los hubiera destinado a conseguir un trabajo cuya remuneración habría ayudado a aumentar el exiguo presupuesto familiar con que su madre viuda se arreglaba. Pero, a pesar de los cambios que se estaban produciendo durante los años veinte y treinta respecto a la identidad femenina, lo que distinguía tradicionalmente a una señorita de la que solamente aspiraba a serlo, era, precisamente, no trabajar. La manifestación pública de ociosidad femenina no había dejado de ser el símbolo de distinción de la clase media, por excelencia, la forma privilegiada de ostentación de «riqueza». Por ello, para Luisa ponerse a trabajar significaba condenar al fracaso todas sus aspiraciones de llegar a ser una señorita.

Luisa sacrificó sus habilidades y la posibilidad de mejorar su situación familiar para mantener sus oportunidades intactas. Así, terminó renunciando a la búsqueda de un empleo y cosiendo en casa, para afuera, que era la fórmula que las chicas modestas con pretensiones utilizaban para ocultar su trabajo de modistas. Durante los años veinte y treinta la línea divisoria entre las señoritas y las que no lo eran continuaba siendo el acceso al espacio público, que se mantenía vedado para aquéllas. De esta manera, Luisa, guardándose en los límites del espacio privado, pretendía mejorar su condición para acceder de lleno a la posición intermedia. Al mismo tiempo, empezó a alternar en los lugares habituales en que podía compartir sociabilidad con chicos de la clase media:

...Yo era del orfeón –señalaba Luisa– y todos los días íbamos a Juventud Vasca, porque era maravilloso aquello... era un centro de chicos y chicas de lo mejorcito que había entre la clase media. Chicos estupendos de los que venían a hacer la Marina aquí, chicos de la costa. Chicos que habían estudiado medicina y venían, por ejemplo, a hacer prácticas al Hospital de Basurto... Era un centro muy bueno. ...se hacían obras de teatro, se hacían excursiones... iban chicos y chicas... Y había también gente de la alta sociedad... y de la clase media muchísima. A Deusto por ejemplo, iba la gente más *mona* de Bilbao. La clase media más fina. A Los Campos iban los que no eran tan finos, pero buena gente también. Era buena gente, lo que pasa que era más vulgar. Deusto era más fino... Allí íbamos todas las chicas y los chicos... los de bancos, los de oficinas, los estudiantes, los médicos, ingenieros, abogados.⁴²

La segregación de espacios en Bilbao era grande y no sólo determinaba los lugares que resultaban ser propios de la clase trabajadora o de la clase media sino que dentro de ésta distinguía también una serie de ámbitos que denotaban matices en la posición social. El lugar que frecuentaba Eulalia, Los Campos, no era suficientemente fino para una señorita y Luisa no acudía a él. Deusto y Juventud Vasca acogían, sin embargo, a una clase de jóvenes, hijos e hijas de profesionales liberales, más selectos y en buena parte procedentes de familias afines al nacionalismo vasco.

El nacionalismo vasco en su particular búsqueda de elementos de distinción sobre los que fundar la identidad vasca, encontró en la casa solar y en la pertenencia a un apellido y a un linaje los principales instrumentos para tal fin. Este particular elemento de distinción era operativo respecto a los que no podían justificar su procedencia y quedaban excluidos de la nación y también era efectivo para crear lo que Benedict Anderson ha llamado «compañerismo horizontal»⁴³ entre los oriundos, que encubría las diferencias sociales entre ellos. Buena parte de las clases medias bilbaínas hicieron del nacionalismo una seña de identidad. El rigor con el que fueron aplicados los criterios para la identificación con esta ideología, hicieron de ella un buen instrumento para establecer la distinción entre las clases medias y los sectores sociales que se situaban por debajo de ellas. En esta medida, la acreditación del origen vasco fue un elemento que, en el contexto concreto de Bilbao, asimilaba a las clases medias⁴⁴, te acercaba a ellas. En este sentido, sentirse nacionalista ayudó a Luisa, a participar de lleno en actividades que le ponían en contacto con chicos de cierta posición social. Así, lugares como Juventud Vasca, aunque las chicas tuvieran que conducirse con el mismo decoro que en otros escenarios, resultaron ser escenarios relativamente protegidos para ellas por la sencilla razón de que los chicos aprendían enseguida a comportarse conforme a los preceptos que dictaba la doble moral.

En cierto modo, la repartición de espacios, bailes y paseos, además de ser expresión de la jerarquización social existente, lo era también de la hipocresía que impregnaba la realidad en sus diferentes ámbitos. Así, Luisa era consciente de que acudir a Los Campos o al Casino de Archanda no sólo era más vulgar sino también más expuesto y arriesgado:

⁴³ Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

⁴⁴ Jon Juaristi ha destacado especialmente el carácter de clase media de Juventud Vasca. Al enumerar «los mentores de Gallastegui y de su grupo de Juventud Vasca», Juaristi puntualiza: «Estos hombres se llamaban Angel -Aingeru o Gotzon- Zabala Ozámiz, abogado; José Antonio Arriandiaga Larrinaga, Joala, médico; Evaristo Bustinza Lasuen, Kirikiño, profesor de Euskera...; Manuel Eguileor Orueta, Ikasle, ingeniero; Santiago Meabe Bilbao, Geyme, director del semanario Aberri. Empleados[...] se trata de un ejército de empleados, de contables y escribientes, como Gallastegui y como mi abuelo, como la mayor parte de los miembros de Juventud Vasca» en *El Bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos*, Madrid, Espasa Calpe, 1997, págs. 216 y 231 respectivamente.

...Ahí no iba yo, ahí iban las chicas un poco más... salidas, no sé cómo decirte... A mí me decía un chico: «Es que estas chicas que van a Archanda...» Porque los chicos más elegantes, digamos de Bilbao, elegantes..., no aristócratas..., los más lujositos de Bilbao iban a Archanda, y las chicas un poquito más... salidas. ...No que fuesen malas. Este chico me decía: «Pero si esos chicos van con ellas a pasar el rato, porque son chicas buenas, pero como son un poquito así, van los chicos a ver si se ríen un poco de ellas». Y yo creo que no, porque yo he visto chicos de ahí que se han casado con las chicas. ¿Por qué van a ser malas? ¿Porque salieran un poco más? ¿Porque iban a Archanda? Pues no. Las que íbamos a Deusto éramos más sencillitas... Estas eran muy guapas, eran muy vistosas. La gente siempre ha creído que un chico estupendo de Bilbao, o de donde sea, no puede ir con una chica que no sea de su...⁴⁵

En algún punto de su identidad Luisa se reconocía en las otras mujeres que, aunque utilizaban distintas tácticas, compartían las mismas ilusiones que ella: casarse con un chico rico. Luisa no participaba de los prejuicios con los que se las agraviaba. Comprendía que la combinación de un exiguo capital económico y la belleza implicaban más riesgo y que ella había elegido otro camino, el de la elegancia, la sencillez, la discreción, la simulación, en su proyecto de emulación de las *señoritas*. Sin embargo, todas se enfrentaban al mismo dilema: ser capaces de burlar unas convenciones sociales que cuestionaban los enlaces entre chicos y chicas de diferente posición social. Compartían las dificultades de esta empresa y esto las colocaba en el punto de mira al que los convencionalismos señalaban.

Como ya apuntamos al comienzo de este artículo, a menudo la familia jugaba un papel conspirativo e imponía su talante conservador por encima de los deseos de sus componentes. En opinión de Luisa:

...Las familias, las familias se metían mucho... No les gustaba a las familias la diferencia de clases sociales. Más que los chicos, se metían las familias de los chicos..., muchas veces les destrozaban. Porque ¿qué tiene que ver que la chica no fuese rica o de una posición social elevada para que sea una gran chica, para que sea una chica que se podía presentar en cualquier parte del mundo, una chica que ellos están enamorados de esa chica? ¿Por qué no van a ser felices los altos, y... los que no son tan altos?⁴⁶

También en el caso de Luisa, el amor adelantaba en importancia a las convenciones sociales a la hora de legitimar una relación. Se daba crédito a la posi-

45 Luisa Atucha, entrevista I, 2-4-1998.

46 Luisa Atucha, *Ibidem*.

bilidad de que un chico se llegara a enamorar de una chica, que era una señorita, aunque no tuviera medios económicos. La defensa de esa relación estaba cargada de derecho a los ojos de Luisa. La forma interrogativa de exponer su opinión es sólo una manera de disimular la fuerza de lo que, desde el punto de vista del contenido, es un alegato contra las normas que impedían la realización de esas ilusiones.

La abierta implicación de Luisa en la toma de posición respecto a este conflicto manifiesta la existencia de una sensibilidad que, en su caso, estaba directamente relacionada con la propia experiencia personal:

Yo pasé por eso... Le conocí en un baile y se enamoró de mí en el mismo momento... Me dijo: «Al día siguiente, nos vemos en la Gran Vía» y le dije: «Bueno, si no llueve». Había llovido a las cinco de la tarde o así, y yo no salí. Y el pobre venga a pasear por la Gran vía, a ver si me veía... Luego..., yo me hice un poco de rogar... La amiga que yo tenía en aquel entonces me ayudó –continúa recordando–, me dijo: «Mira, Luisa,... estos chicos a lo mejor no son para nosotras, pero le veo a él tan... firme, le veo tan formal que te voy a acompañar todo el tiempo que quieras». Estuvo saliendo conmigo dos meses y un día me dijo él: «...Pepita ¿cuándo piensa...?». Y, le digo yo: «Si es que no me has dicho nada» (se ríe) y dice: «Pues, ¿qué quieres que te diga,... que me gustas, que te quiero, que me voy a casar contigo, todo a la vez, toda, toda, toda la letanía?». «Bueno, ahora sí, ahora ya me has dicho» (se ríe). Te tenían que leer toda la cartilla. ...Nos enfadamos por una bobadita... Íbamos al cine... me quiso coger así (del brazo) y le dije: «Oye..., ¡que tall!». El creyó que a mí no me importaba nada él... No volvió. ...Y es que yo no terminaba de asegurarme... Yo veía que aquello no se iba a terminar, tenías que estar siempre en guardia y así no se puede vivir. El también tenía esa cosa de casa... Yo le decía: «No te preocupes, luego cuando vienen los niños... quieren mucho a los niños y ya es otra cosa». Pero faltaban seis años para que a él le diesen el negocio. Tenían que pasar seis años, en seis años yo iba a sufrir..., porque si tardaba... ya estaba pensando: «No va a venir». No tienes nunca una seguridad y así no puedes terminar de quererles firmemente... El no luchó, podía haber luchado más.⁴⁷

El relato transmite, sobre todo, la inseguridad de Luisa ante lo que era una apuesta difícil. El inicio romántico, desinteresado, fruto de la casualidad, obraba a su favor, el carácter serio y formal de él también. Pero el tiempo que debía pasar hasta la consecución de la boda hacía la apuesta demasiado arriesgada: era ese noviazgo o nada. La época era extraordinariamente cruel con las chicas

⁴⁷ Luisa Atucha, entrevista II, 9-6-1998.

que habían tenido un novio durante largo tiempo y luego eran abandonadas, el estigma de «estar un poco tocada» caía sobre ellas y, normalmente, tal oprobio era difícil de ser superado. Así, a la dificultad de no conceder anticipos sexuales durante aquellos noviazgos de larga duración, se sumaba la inevitabilidad del paso del tiempo que se burlaba de ellas a pesar de sus esfuerzos por actuar decorosamente. El factor que definitivamente hizo fracasar la relación fue la oposición de la madre del novio. Y ese era un obstáculo al que solamente él podía enfrentarse. Entre las mujeres de la clase media acomodada, el matrimonio de conveniencia no sólo era una práctica a la que muchas de ellas se habían sometido sino que era una fórmula que les otorgaba el poder de planificar el destino de sus hijos e hijas.⁴⁸ El azar, la casualidad y el amor eran variables incontrolables, que podían contradecir el interés que ellas habían delimitado cuidadosamente y, por lo tanto, jugaban un papel secundario. Luisa tenía en sus manos poca capacidad para cambiar esa situación. En realidad, todo dependía de la voluntad de él por imponer su relación por encima de los designios familiares. En su caso, el empeño de él no fue suficiente.

La decepción de Luisa fue grande. En la página femenina de *El Pueblo Vasco* parecían estar pensando en ella cuando en una de sus crónicas semanales apuntaban que las muchachas: «se complacen en la ilusión y, lejos de rechazarla a tiempo, se esfuerzan en perpetuarla[...] para por fin llorar el desengaño que fatalmente las acecha y espera[...] El fracaso de un amor,[...] no debe ser considerado nunca más que como la simple huida de un espejismo que por un instante tomó un aspecto real».⁴⁹ El énfasis en la prudencia y en el rechazo a las falsas expectativas, daban la medida de la relatividad con que había que atender las soflamas de la prensa a propósito de la elegancia. Si su versión populista inducía a la imitación de los cánones del buen gusto porque permitía abrigar ciertas esperanzas de mejora social, sus argumentaciones contra la imaginación de muchas mujeres, cuyas ambiciones eran consideradas sueños sin realidad posible, no dejaban asomo de duda sobre cual era la probabilidad de éxito de tales aspiraciones. Así, aunque Luisa se había preparado a conciencia para ser una señorita y confiaba en sus posibilidades, aunque había aprendido a concebir el mundo como un simulacro y en él, se sentía capaz de representar con soltura su papel, la realidad no aceptaba sus logros. Luisa no comprendió la causa de aquel menosprecio de sus capacidades y lo consideró siempre una iniquidad:

48 La escritora Virginia Martínez del Castillo en su serie de relatos sobre Bilbao señala la costumbre de los maridos de desentenderse de esas decisiones que afectan al orden doméstico, recayendo, de este modo, sobre las mujeres todo el poder y la responsabilidad de encontrar el mejor candidato o candidata: «Eso sí, él a su fábrica; en casa que mandase su mujer, que él harto tenía que mandar todo el día. Y si a su mujer no le gustaba la novia de Ernesto sus razones tendría, porque a lista y a saber gobernar la casa nadie le ganaba a su mujer»; en Martínez del Castillo, Virginia, *De Archanda al Pagasarri*, Bilbao, Gráficas Ayala, 1976, pág. 30.

49 El amigo Teddy, «El jardín de la elegancia», *El PV*, 16 de enero de 1930.

...La familia no pasó por eso –continúa recordando–..., por qué, por qué, por qué, por qué. Yo decía: «No tengo padre, tengo la mala suerte de no tener padre...». Pero yo me eduqué bien. Hice todo lo posible por educarme yo misma... Yo me preparé de forma que podía estar en cualquier parte del mundo.⁵⁰

Su experiencia refleja, en definitiva, las dificultades que una trayectoria de vida, basada en la promoción de las virtudes y capacidades individuales, tenía para lograr trascender las fronteras de clase y alcanzar la condición de señorita.

La subjetividad de Luisa recoge el fracaso de sus aspiraciones. Una vez más, aunque de distinta manera que en el caso de Eulalia, nos encontramos ante una identidad quebrada en la que la condición de señorita quedaba en entredicho. La memoria de Luisa revela tal fractura:

...Una señorita tenía que ser una chica *monina*. ...Una chica con cierta cultura..., con cierta educación..., con unos modales bonitos (pausa). Mira, sí..., nos llamaban señoritas, podían ser igual..., lo que pasa que no entraban en esa élite... Las que parecían que no eran tan señoritas... a lo mejor tenían tan buena educación como las que parecían señoritas.⁵¹

El tiempo y su fracaso han labrado una distancia entre Luisa y la representación de su papel de señorita. El uso de la tercera persona es testigo de esa separación. Sin embargo, la confusión final entre los términos señoritas y las «que parecían señoritas», que surge gracias al poder simulador de la apariencia, rescata desde la ambigüedad su convicción de que era posible llegar a ser una señorita. El problema fue que la aceptación social de esa identidad simulada no dependía sólo de su voluntad; lejos de ello, un complejo entramado de intereses sociales estaba en juego y su desenlace transcurría en un lugar ajeno a Luisa.

Luisa no logró casarse; sin embargo, todas las destrezas que desarrolló en su heterogéneo proceso educativo le sirvieron, a posteriori, para encontrar un empleo que le permitió vivir soltera con independencia.

A la vista de las historias de vida de Eulalia y de Luisa podemos concluir que la pretensión de ascenso social atravesó y dio cuerpo a la identidad de las modistillas, quienes no se identificaban con la clase trabajadora y, además, anhelaban subjetivamente situarse en posiciones intermedias gracias a la elegancia y a la distinción de las que hacían gala. Esta experiencia de los límites, vivida de manera contradictoria, generó en las modistillas una identidad frágil y quebradiza. Tanto Eulalia, desde su táctica centrada en la concesión del contacto, como Luisa, desde su poder simulador, representaron dos identidades en

⁵⁰ Luisa Atucha, entrevista II, 2-6-1998.

⁵¹ Luisa Atucha, *ibídem*.

tránsito sometidas a los cánones de una sociedad inflexible que obstaculizaba la movilidad social imponiendo unos criterios de pertenencia a la clase media tremendamente estrictos.